



Joaquín Calvo-Sotelo

La pasión de amar

Apuntes para una biografía libre de Catalina de Aragón, en diez cuadros y un Epílogo a manera de prólogo, con un intermedio entre el cuarto y el quinto, escritos en prosa

PERSONAJES

DON RODRIGO.
ANDRÉS.
DON PEDRO.
CATALINA DE ARAGÓN.
DOÑA ELVIRA.
ENRIQUE VIII.
JUGLAR.
CROMWELL.
BETSIE.
ANA BOLENA.
CHAPUYS.
CARDENAL.
PRÍNCIPE ARTURO.
OFICIANTE.
CRIADO.

Este drama se estrenó el 14 de febrero de 1990, en el Centro Cultural de la Villa, de Madrid.

Parte I

Cuadro I

La acción transcurre en un escenario que en su versión más simple y funcional puede estar compuesto por una cámara de cortinas negras dentro de la cual se introducen los diversos muebles necesarios para precisar el lugar en que se desenvuelve. Al primer cuadro solamente le hace falta una mesa con dos sillas. Hay otras dos sillas más en las esquinas del fondo. La cortina del foro y las laterales son practicables por el centro. Empieza el siglo XVI. Nos encontramos en Londres en la residencia del Embajador de Castilla en Inglaterra, DON RODRIGO GONZÁLEZ DE PUEBLA. Tanto él como DON PEDRO DE AYALA, que lo es en Escocia, andan entre los cincuenta y los sesenta años. DON RODRIGO es más bien enjuto y seco. DON PEDRO, metido en carnes, es temperamentalmente más explosivo y reidor que su colega. Un CRIADO entreabre las cortinas del foro.

CRIADO.- Su Excelencia el Embajador en Escocia, don Pedro de Ayala.

(A los pocos segundos aparece DON PEDRO. Los dos embajadores visten, como es natural, a la usanza de la época pero con gran sencillez, sin bandas ni decoración alguna. DON RODRIGO, que parecía leer un libro, lo abandona prestamente para recibirle.)

RODRIGO.- Mi querido colega, bienvenido a esta casa.

PEDRO.- En la próxima ocasión espero que me honre acudiendo a la mía.

RODRIGO.- Londres está lejos de Edimburgo.

PEDRO.- Igual que Edimburgo de Londres. Si, por cualquier motivo, no llegamos a un acuerdo hoy, podríamos reunirnos mañana a mitad de camino.

RODRIGO.- (Se ríe.) Bien pensado, ¿por qué no nos hemos de poner de acuerdo?

PEDRO.- ¿Ve muy claras las cosas?

RODRIGO.- Yo sí, ¿por qué negarlo?

PEDRO.- Tanto me extraña que me creo obligado a recapitularlas por si se tratase de temas distintos.

RODRIGO.- Hágalo, si lo desea.

PEDRO.- Catalina, la hija de nuestro Señor el Rey don Fernando y de doña Isabel, va a esposarse con el Príncipe Arturo, llamado, el

día de mañana, a ser Rey de Inglaterra.

RODRIGO.- Exactamente.

PEDRO.- Coincidimos, supongo, en felicitamos porque la boda se celebre con la mayor solemnidad posible.

RODRIGO.- Claro está.

PEDRO.- La dote de doña Catalina ha de ayudar al esplendor de la fiesta.

RODRIGO.- Alude a la dote... material, pero aun hay otras dotes que la alegrarán más todavía.

PEDRO.- (Irónicamente.) ¿Las del Príncipe Arturo?

RODRIGO.- No. Sigo hablando de las de doña Catalina: su sonrisa, su gracia, la luz de su mirada, su donaire para bailar, su inteligencia.

PEDRO.- Me ha ganado por la mano en los elogios, lo confieso.

RODRIGO.- De paso, ¿le apetecería beber un vinillo de nuestra tierra?

PEDRO.- Ya lo creo que sí, ¿de qué parte, por cierto?

RODRIGO.- De muy abajo.

PEDRO.- ¿Y es que hay de eso en Londres?

RODRIGO.- En Londres no sé, pero para la Embajada, la goleta «Cristina» trajo ayer mismo el mejor de los regalos: dos barricas de Málaga. ¿O prefiere una taza de té?

PEDRO.- Soy muy poco aficionado. Yo solo lo tomo como Embajador en acto de servicio.

RODRIGO.- (Toca la campanilla.) A propósito, ¿ha probado un licor que a veces se mezcla con un poco de agua y otras se bebe puro, de un colorido más bien amarillento y que se llama...? (Busca el nombre sin dar con él.)

PEDRO.- Sí, ya sé de qué habla. Es un nombre muy raro... Espere, bueno, ya me acordaré. A mí me sabe a chinches pero en Escocia lo adoran.

RODRIGO.- Las gentes de esta isla tienen un extraño paladar.

PEDRO.- Si solo fuera el paladar...

RODRIGO.- ¡Whisky! Ese es su nombre.

PEDRO.- Justo.

RODRIGO.- (Al CRIADO que entra por la izquierda.) Ayude a subir de la bodega una de las barricas que llegaron ayer y sírvanos unas copas.

(Mutis del CRIADO.)

Y bien, ¿qué le parece si abordamos el tema...? ¿Cree, querido Embajador, que la elección del Príncipe Arturo es la más acertada para hacer la felicidad de nuestra Princesa?

PEDRO.- No son ellos dos los que se casan, son Inglaterra y Castilla. Y yo, sí, creo que esa boda puede traer la felicidad a esos reinos.

RODRIGO.- ¿Seremos amigos de verdad alguna vez de estas gentes rubias y violentas, que hablan a borbotones, que pisotean al latín como las piedras de las calles y para los cuales el Papa es un poder

hostil, lejano y perecedero?

PEDRO.- No creo que nunca nos arrullemos ni nos demos serenatas al claro de luna, pero conque esas bodas sirvan para que a nuestros galeones no les persigan mar adentro, a mi juicio, ya será bastante.

RODRIGO.- Conforme. Ahora bien, ¿qué hacemos con los esposos? El Príncipe Arturo es de la misma edad que la novia, con la diferencia de que...

PEDRO.- Cuidado, don Rodrigo...

RODRIGO.- (Mira temeroso de ser oído.) ... con la diferencia de que, así como nuestra señora es una obra maestra de la naturaleza, el Príncipe Arturo es un sietemesino...

PEDRO.- Ocho, ochomesino, seamos justos...

RODRIGO.- ... menos desarrollado de lo que le corresponde y muy distante, me parece a mí, de sentir los apetitos naturales del matrimonio. (Transición.) ¿Le puedo preguntara a qué edad empezó su vida amorosa?

PEDRO.- No le servirán de mucho mis confidencias. Cecilia, la nodriza de mi hermano menor, quiso violarme el día de San Pedro en el que celebraba, simultáneamente, mi santo y mi duodécimo cumpleaños.

RODRIGO.- Las tres son demasiadas solemnidades para una sola fecha.

PEDRO.- ¿Le interesa saber mi reacción? La resumiré en una palabra: pánico. Cecilia era, tal vez, demasiado ampulosa de formas, excesiva, mareante. Yo fui, aquella noche de San Pedro, como un barquichuelo a punto de zozobrar en el Canal de la Mancha. Ya adolescente, Raquel, más hecha a mi medida, me convenció de que no había por qué asustarse, sino más bien de lo contrario. (Hay una pausa.) Temo no servirle de nada como punto de referencia.

RODRIGO.- Y, ¿por qué no? Tenía doce años y ya cumplió como un hombre.

PEDRO.- No, veo que no me ha entendido. Nada de eso. Corrí, di gritos, me subí al arcón de la alcoba, me refugié en las cortinas, perseguido por aquella harpía que, medio desnuda, sudando de grasa y de lujuria me llamaba pichón y buscaba mi aterrada virilidad para calmar su fuego. (Transición.) Por Levante, ese tipo de mujer abunda mucho. ¿No lo cree así?

RODRIGO.- Yo soy canario y confieso que no conozco esa parte de la Península. En mis tiempos juveniles apareció en las islas una nórdica, la primera que se veía por aquellas latitudes, ahora no sé si habrán ido más, que no le daba ninguna importancia a compartir la buhardilla de un estudiante. Pues ella me enseñó lo que era una aurora boreal y algunas otras cosas complementarias, apenas cumplidos mis quince años, en el desván de la casa de mi tío el párroco de San Justo. (Se ríe. Transición.) En fin, tengo para mí que la precocidad no es lo que distingue al Príncipe Arturo. Otra cosa sería si se tratase de su hermano el Príncipe Enrique, del que le confesaré que no me merece ninguna simpatía. Es un niño también, pero trae fritas a pellizcos a las damas de la Corte, y su preceptor le quitó de las manos unas láminas que no sé dónde las encuentra,

con mujeres desnudas.

PEDRO.- (Con rapidez.) En un puestecito que hay en la calle del Arsenal, entrando a mano derecha.

RODRIGO.- (Le mira con sorna. Pausa.) Veo que aunque su sede es Edimburgo, conoce Londres como la palma de la mano.

PEDRO.- He vivido aquí algunas temporadas.

RODRIGO.- Bueno, le diré que a mi me parecería un error emparejar carnalmente a esas dos criaturas.

PEDRO.- No saquemos las cosas de quicio. Dios me libre de coaccionarles, de abrirles los ojos, pero...

RODRIGO.- ¿Cree siquiera que han descubierto ya el secreto de la vida?

PEDRO.- Quizá nuestros señores don Fernando y doña Isabel hayan rehuido ilustrar sobre ese punto a la Princesa. En Castilla, se educa a los hijos en la creencia de que los niños vienen de esa ciudad licenciosa que se llama París hasta que, de pronto, se los encuentran dentro del vientre de una toledana, gracias al mecanismo de un garañón de Valladolid, pongamos por caso. (Transición.) ¿Llegará algún día en que las cosas sean distintas?

RODRIGO.- ¡Quién sabe... quién sabe...! Entre tanto, ese matrimonio tiene que ajustarse a las normas de los matrimonios reales entre menores de edad y limitarse a una ceremonia, todo lo solemne que se quiera, a ofrecerse mutuamente ricos regalos, a asegurarse las dotes y a ponerse castamente los anillos.

(CATALINA había aparecido a tiempo de oírle por la puerta del foro. Es una muchacha sobre la que el Señor, que en esta ocasión, y no en otras, sí estaba de nuestro lado, volcó todos sus dones. La hizo bella, atractiva, inteligente, le dio una voz apacible y, a la vez, autoritaria, la llenó de sonrisas y de seducción y, si no había de reservarle, como en su tiempo se verá, amables destinos, sí la enriqueció, por lo menos, con tales atributos que hizo de ella una de las princesas más fascinantes de su tiempo.)

CATALINA.- Y mi opinión, ¿puede servir para algo?

RODRIGO.- Princesa...

PEDRO.- Señora...

(Los dos le hacen una profunda reverencia.)

CATALINA.- ¿Les parecerá muy atrevido a los embajadores del Rey mi padre, que yo les diga lo que pienso sobre todo eso?

RODRIGO.- Señora...

CATALINA.- Lo comprendo... Nunca se les ocurrió que yo les oyese. Sé que es de muy mala educación y don Fernando me reñiría muchísimo por hacerlo, pero me dijeron que estaban reunidos, sospeché de lo que hablaban y no me resistí al placer de escucharles.

RODRIGO.- Velábamos, señora, por su futuro...

CATALINA.- ¿Y habían llegado a algún acuerdo?

RODRIGO.- Señora, somos dos, y como buenos españoles cada uno opina de una manera deferente.

CATALINA.- ¿Cuál a mi favor?

PEDRO.- ¿A su favor?... Eso, los dos.

CATALINA.- No... (Ambiguamente.) Solo podía ser uno a mi favor.

RODRIGO.- Señora, si mi criterio prevaleciera yo dejaría pasar algunos meses después de la ceremonia, antes de iniciar la vida en común.

CATALINA.- (Con malicia.) ¿Y a eso le llamáis estar a mi favor?

RODRIGO.- La prudencia me lleva a aconsejarlo así.

CATALINA.- (A PEDRO, risueñamente.) Vos, señor Embajador, ¿pensáis lo mismo?

PEDRO.- Sospecho que habéis oído lo suficiente para comprender que no.

CATALINA.- ¿Y se me autoriza, entonces, a resolver el empate?

PEDRO.- Claro que sí.

CATALINA.- (A RODRIGO.) Lo que pretende Su Excelencia, si no me equivoco, es que cumpla con su deber el Cardenal que ha de casarnos, los pajes que me llevarán la cola, los soldados que nos rendirán honores, los cocineros que prepararán las viandas y que solo falte al suyo mi esposo...

(El Embajador PEDRO se ríe.)

RODRIGO.- Princesa...

CATALINA.- ... que una vez que nos hayan dado las bendiciones, el Príncipe Arturo se retire a sus aposentos y yo a los míos... ¿Es así?

(RODRIGO contesta con un ademán ambiguo.)

Pues no, se equivoca. Quien será ya entonces mi esposo y yo nos retiraremos juntos al de los dos. ¿Está claro?

RODRIGO.- No puede estarlo más.

CATALINA.- ¿Y no cree, Embajador, que esa es también la voluntad de don Fernando y de doña Isabel?

RODRIGO.- Me considero incapaz de contestar por ellos.

CATALINA.- ¿Y no cree también que, sea cual sea el respeto que yo les tenga, a partir de ese momento, quien mandará en mí será el Príncipe Arturo y no mis padres?

RODRIGO.- Eso sí es indudable.

CATALINA.- ¿Y que Sus Excelencias no mandarían absolutamente nada?

PEDRO.- Señora: esa es también la pura verdad.

CATALINA.- Pues entonces sépanlo ya y escríbanlo. Desde el momento en que el señor Cardenal nos bendiga, el Príncipe y yo viviremos juntos.

RODRIGO.- Como guste, señora.

CATALINA.- (Tras una pausa.) Reconozco que les debo una

explicación. Primeramente, perdónenme si aún les confundo y no sé bien cuál es el Embajador de Castilla en Escocia y cuál en Inglaterra.

PEDRO.- Yo, señora, Pedro de Ayala, lo soy de Escocia.

RODRIGO.- Me llamo Rodrigo González de Puebla y lo soy en Inglaterra.

CATALINA.- Pues bien, podrán pensar de manera muy distinta en algunas cosas, pero sé lo que les une: el amor a Castilla y la lealtad a sus Reyes, don Fernando y doña Isabel.

PEDRO.- (Que obtiene con una mirada el asentimiento de su colega.) Así es.

RODRIGO.- Y, naturalmente, algo más: la devoción a sus personas.

PEDRO.- Incondicional.

CATALINA.- Se lo agradezco a los dos, y ahora, si es posible, entiéndanme. ¿No sienten frío?

(Los dos embajadores se miran entre sí.)

Ah, (Se ríe levemente.) no me refiero al de estas paredes. Al que yo me refiero, a veces, me cala hasta los huesos: es el frío de la soledad, el de verme en un país extraño. Yo he tenido una infancia muy abrigada, muy protegida. Hasta en el Alcázar de Segovia, en cuyas chimeneas no ardían más leños que en palacio, el calor humano me amparaba, sobre todo en las noches, tan largas y tan duras, ese calor que no hay fuego que lo iguale: el que da el cariño de los padres. Cuando les dejé, fue como si me cortaran los brazos. Cuento ahora con los de quien será mi marido, el Príncipe Arturo.

PEDRO.- Gracias, señora, por hablarnos con tanta franqueza.

CATALINA.- Me parecía obligado. (Inicia el mutis pero, al ver que DON RODRIGO va a hablarle, se detiene.) ¿Tiene algo especial que decirme?

RODRIGO.- ¿Sabe lo que piensa sobre este particular el padre del Príncipe Arturo?

CATALINA.- ¿El Rey? ¿Quién puede ir contra lo que manda la Santa Madre Iglesia? El matrimonio es la unión de dos seres, para toda la vida, en cuerpo y alma. Ni siquiera en alma y cuerpo. Y eso es imposible si cuando se acaban los rezos y las músicas, nos buscan dos alcobas en dos alas del castillo.

RODRIGO.- En circunstancias normales, sí, sería inconcebible. Pero, tal vez, las de vuestro matrimonio, no lo son. La edad de vuestro futuro esposo...

CATALINA.- Las personas reales no tienen edad, salvo para acceder al trono. El lecho es otra cosa. (Transición. Se ríe abiertamente.)

Dé por seguro, Embajador, que tras la misa, los desfiles, el banquete, las músicas, los bailes y la luminaria, habrá también noche de bodas.

PEDRO.- (Asistió a este diálogo con un aire risueño que ahora acentúa.) Nadie lo celebrará más que vuestro humilde servidor.

(Los dos se inclinan en una profunda reverencia. CATALINA inicia el mutis pero se lo dificulta la llegada del CRIADO que trae, en bandeja, una jarra con dos vasos y coloca todo encima de la mesa.)

CATALINA.- Me da la impresión de que la vida de los embajadores no se parece en nada a la de los cartujos.

RODRIGO.- De vez en cuando, para libramos de preocupaciones que no nos faltan, bebemos una copa de vino de España.

CATALINA.- ¿Dónde lo encontró?

RODRIGO.- Me ha llegado ayer. ¿Le gusta, señora?

CATALINA.- (Con un mohín delicioso.) ¡Huy!

RODRIGO.- ¿Nos honraría bebiendo con nosotros?

CATALINA.- Por supuesto que sí.

(Ceremoniosamente le ofrecen una silla entre los dos.)

RODRIGO.- (Al CRIADO.) Pronto, traiga otra copa. (Le da la suya a CATALINA.)

CATALINA.- Tengo en la puerta a mi dueña doña Elvira de Sástago que me acompañó hasta aquí y de la que sospecho que le gusta el vino español tanto como a nosotros.

(Entra el CRIADO con la copa que le ofrece a la señora.)

¿Podría invitarla?

RODRIGO.- Naturalmente, señora. (Al CRIADO.) Una copa más.

(Mutis del CRIADO.)

CATALINA.- (Va a la puerta.) Doña Elvira...

(Aparece por el foro DOÑA ELVIRA. Apenas rebasó los 45 años y sigue siendo grata a la vista. Es desenfadada, frescachona, simpática y su indudable linaje aristocrático no ha conseguido borrar en ella un aura popular y seductora.)

ELVIRA.- Señores...

CATALINA.- Doña Elvira de Sástago y Vinuesa... El Embajador en Escocia... El Embajador en Inglaterra...

(Mutuas reverencias.)

Figúrese doña Elvira, que son tan amables que nos invitan a tomar una copa de vino de España.

ELVIRA.- ¡Oh, qué maravilla!...

(Ya para entonces apareció de nuevo el CRIADO con la cuarta copa. Beben el vino sorbiendo visiblemente. Hay una pausa para relamerse de gusto.)

CATALINA.- Desde luego que coincidiremos todos en que no hay país como el nuestro.

LOS TRES.- Eso sí que es verdad...

(La coincidencia en el juicio les mueve a risa. Se hace el...)

OSCURO

Cuadro II

La corbata del escenario simula ser la avenida del parque en cuyo extremo derecho y bajo el amparo de un árbol, hay un banco. Por la izquierda aparecen DOÑA ELVIRA y CATALINA. Se supone que acaban de abandonar la residencia del EMBAJADOR.

CATALINA.- (Se detiene en el borde de la escena.) ¿Qué te han parecido nuestros embajadores, doña Elvira?

ELVIRA.- Psch... (Se encoge de hombros.) Así, en tan poco tiempo...

CATALINA.- La primera impresión cuenta mucho.

ELVIRA.- Bueno, pues muy bien educados.

CATALINA.- Mujer, si los embajadores no fuesen educados, no serían embajadores.

ELVIRA.- Es que a mí, caerme bien, lo que se dice caerme bien... ninguno de los dos. Si acaso el gordito...

(O el más alto, o el más bajo, en resumidas cuentas según la figura del actor: el que interprete a DON PEDRO DE AYALA.)

CATALINA.- ¿Te refieres a don Pedro de Ayala, el Embajador en Escocia?

ELVIRA.- No creo distinguirlos demasiado. Pero sí, ese, puesta a elegir...

CATALINA.- Me parece que no te equivocas.

(CATALINA inicia el paseo a la derecha.)

ELVIRA.- Señora, la carroza está al otro lado.

CATALINA.- Ya la veo, Elvira, pero, ¿sabes lo que gusta más a las personas reales? Abandonar las carrozas y pasearse a pie aunque haga frío como hoy. Naturalmente, a cambio de que al final del paseo puedan subirse a las carrozas otra vez.

ELVIRA.- Yo he paseado mucho con doña Isabel cuando las dos éramos niñas.

CATALINA.- Pues ahora quiero que lo hagas conmigo y yo voy a aprovecharme para preguntarte algunas cosas.

ELVIRA.- Ojalá sepa contestarlas.

CATALINA.- ¿Quién mejor que tú? Doña Elvira, estuviste casada dos veces...

ELVIRA.- Dos veces, viuda, señora.

CATALINA.- Pero no viuda, así, diríamos, de luto riguroso...

ELVIRA.- ¿Cómo que no? Desde la muerte de mi primer marido a la boda con el segundo pasaron seis años nada menos, señora, que no sabe lo que es eso y ojalá no lo sepa nunca. Y el segundo murió hace cuatro. Y hasta que embarcamos he vestido de negro.

CATALINA.- Hasta poco antes de embarcar, doña Elvira...

ELVIRA.- ¿A qué se refiere Su Alteza...?

CATALINA.- Doña Elvira, no te me enfades. Desde Granada a La Coruña nos acompañó Mejía...

ELVIRA.- Señora, yo le suplico que...

CATALINA.- Calla, calla y no te sientas herida. ¿Crees que voy a echarte en cara que hayas estado enamorada de él? Era muy guapo, mejor dicho, es muy guapo don Lorenzo Mejía.

ELVIRA.- (Lo confiesa riéndose a pesar suyo, pero con cierto engreimiento.) Ya lo creo que lo es.

CATALINA.- (Ahora es CATALINA la que se ríe.) Y, al fin y al cabo, tú eres una mujer libre, que no tiene que dar cuentas a nadie de lo que haces. Te confesaré que, durante el viaje, todos te vigilábamos para ver si os sonreíais.

ELVIRA.- La señora es muy cruel haciéndome recordar tiempos que ya tenía olvidados.

CATALINA.- Perdóname, pero si fueron buenos tampoco te incomodará mucho que te los recuerde. (Transición.) Elvira, lo que yo quiero saber es lo que pasa la primera noche.

ELVIRA.- ¿Con un amante? ¿Con un marido?

CATALINA.- (Con tenuidad.) ¿Son diferentes?

ELVIRA.- Las noches, quizá, no. Las tardes, sí.

CATALINA.- Explícate.

ELVIRA.- Bueno, en las tardes de las bodas hay siempre fiestas con vinos y faisanes, con música y bailes y, cuando llega el momento de marcharse, los parientes y los amigos te despiden con vivas y gritos... Salvo la madre, a la que se le escapa una lagrimita.

CATALINA.- También se le escapó a dona Isabel al despedirme.

ELVIRA.- A mi segundo marido, don Ginés de Mendoza, se le ocurrió cogerme en brazos y meterme así en la alcoba. Era muy gracioso Ginesillo... Con el amante es otra cosa. Hay que ir a su encuentro con la cara cubierta de velos muy tupidos, temblando en cada esquina, con el miedo a que se enteren en la Corte y a la penitencia del confesor.

CATALINA.- Te entiendo, Elvira.

ELVIRA.- Mejía era muy audaz. Se me apareció al abrir una ventana al final de una escalera de cuerda y se escurrió después por un pasadizo. (Transición.) La señora me está forzando a que le haga unas confidencias... que nunca le hice a nadie.

CATALINA.- Te lo agradezco, Elvira. Pero en realidad lo que yo te pregunto no es eso. Vamos a ver: tanto si te ha bendecido antes el sacerdote como si te has entregado al demonio, tanto si es en palacio como si es en una posada, hay un momento en el que el hombre y la mujer se encuentran frente a frente, solos, sin que ninguno más de los hombres y las mujeres que hay en el mundo existan para ellos. ¿Qué sucede entonces?

ELVIRA.- Yo puedo contar lo que me sucedió a mí con mi primer marido... Don Beltrán de Acuña.

CATALINA.- ¿Y qué hizo don Beltrán de Acuña?

ELVIRA.- Me pegó un bofetón.

CATALINA.- Doña Elvira: es imposible que esa sea la regla.

ELVIRA.- Claro que no, pero es que don Beltrán me reprocho el que yo hubiera sonreído al Capitán Vargas, un novio de niños, que estaba en la ceremonia.

CATALINA.- Bueno, ¿y después de la bofetada?

ELVIRA.- Las cosas cambiaron, naturalmente. Yo estaba al borde de la cama. Don Beltrán me empujó, me tiró sobre ella y... bueno, lo obligado... me partió en dos. (Pausa.) Me recompuse al cabo de un rato y volvió a partirme en dos. Y así hasta cuatro veces. (Una pausa que resume las anteriores.) Don Beltrán era de Segovia.

CATALINA.- ¿Qué les pasa a los de Segovia?

ELVIRA.- Son gente brava, señora.

CATALINA.- Y tú, ¿qué? ¿Querías que el Príncipe Arturo fuese segoviano?

ELVIRA.- Me hubiera llevado un alegrón. ¿Por qué venir hasta Inglaterra para estas cosas? En Castilla, no solo en Segovia, hay muy buenos mozos. Y conocidos de toda la vida, a los que no hay que andar buscándoles las vueltas. El Duque de Benadiez le gustaba, señora.

CATALINA.- (Se ríe.) Sí, claro que me gustaba verle en los torneos o alanceando reses. Y el día en que salimos de Granada camino de Inglaterra se quedó muy triste... Y yo (Vuelve a reírse.) un poquito también. Benadiez no era de Segovia, de donde son, al parecer, tus predilectos, pero sí de Ávila, que cae muy cerca y era, sí, un galán... (Transición.) Escucha, doña Elvira: (Muy despacio.) ¿qué te parece el Príncipe Arturo?

ELVIRA.- Es un cromo.

CATALINA.- ¿Solo eso?

ELVIRA.- Un cromo muy simpático.

CATALINA.- No estás muy expresiva, Elvira. Claro que tampoco lo has estado antes hablándome de la primera noche. ¿Se llora?

ELVIRA.- No... qué va... A veces hay que apretar un poco los dientes, pero pasa pronto.

CATALINA.- ¿Se reza?

ELVIRA.- No suele ser noche de rezos.

CATALINA.- ¿Se habla mucho?

ELVIRA.- Más bien se suspira.

CATALINA.- Pero es una noche bonita, ¿verdad?

ELVIRA.- Con suerte, la más bonita de la vida.

(La conversación ha ido llevándolas hasta el banco del que ahora se levantan.)

CATALINA.- ¿Se duerme?

ELVIRA.- Cuando amanece...

CATALINA.- Vámonos a la carroza. La boda será el jueves a las diez, en la Abadía. (Transición.) ¿Y la noche antes?

ELVIRA.- En esa es imposible conciliar el sueño.

(Se pierden en la lateral de su entrada mientras se hace el...)

OSCURO

Cuadro III

Se oyen unas campanadas solemnes y sombrías.

UNA VOZ.- Rogad por Dios en caridad por el alma de Su Alteza Real Arturo de Tudor y York, Príncipe de Gales, que descansó en el Señor y del que hoy se cumple el quinto aniversario. Su vida fue corta pero no sus obras de bien, anchas y dilatadas. Sea siempre recordado por Su Alteza Real la Princesa Catalina de Aragón y Trastámara, por nuestro Rey Enrique y por sus amados súbditos.

(Estamos en la cámara de CATALINA.)

CATALINA.- Coses mal, Elvira.

(Abandona el bastidor en que estaba bordando.)

ELVIRA.- Probablemente no he nacido para eso.

CATALINA.- A veces son los Reyes los que tienen que enseñar a los nobles a trabajar con sus manos. Esa costura está mal hecha.

(CATALINA se la enmienda.) Yo creo que más que la falta de costumbre, lo que te pierde es la desgana. ¿Es así, doña Elvira?

ELVIRA.- Pues, quizá, sí. Ay, perdóneme pero, ¿es que no está justificada? Es muy difícil vivir como estamos viviendo. Y yo no lo digo por mí, sino por la señora...

CATALINA.- No te preocupes por mí.

ELVIRA.- Desde que murió el Príncipe Arturo, cada día ha sido peor que el otro. Yo ya sé que no soy de sangre real, pero jamás tuve que coserme la ropa.

CATALINA.- Mi madre doña Isabel me enseñó a remendar la vieja, a añadirle cenefas cuando crecía.

ELVIRA.- Pero nunca pasó hambre Su Alteza. Yo tampoco y aquí, sin embargo, la hemos sufrido más de un día.

CATALINA.- Bah... eso es demasiado decir. Los alimentos han sido, sí, a veces muy malos. Según don Pedro, cuando los verdugos de la Torre de Londres dejan el hacha, cogen las sartenes.

ELVIRA.- Los verdugos... esa es otra. Yo tengo miedo.

CATALINA.- ¿De que te corten la cabeza?

ELVIRA.- En esta isla el extranjero es ya un enemigo al que se le puede degollar o colgar de un árbol sin que a nadie le llame la atención. Eso, de momento, no me asusta. Pero cuando he de ir a mi alcoba tengo miedo, sí, se lo juro. Esos pasillos que no se acaban nunca, esas salas con techos tan altos, con cristalerías tan oscuras, el carillón de la Torre...

CATALINA.- ¿Volverías con gusto a Castilla?

ELVIRA.- (Duda un segundo.) Mentiría si dijera que no. El río está lleno de barcos. Cuando pienso que cualquier bergantín podría llevarme de nuevo a La Coruña o, al menos alejarme de Londres... Ay, discúlpeme... Llevarnos, alejarnos, porque yo jamás dejaría a Su Alteza.

CATALINA.- Aquí morirás, entonces: yo no me iré nunca.

ELVIRA.- Señora, soy muy torpe y no entiendo nada. Los dos mil ducados que mandó don Fernando apenas han servido para pagar las deudas. Han rebajado la pensión. Estáis viviendo sin la servidumbre y los honores que os corresponden. ¿Caben mayores agravios? ¿Se puede tratar más desconsideradamente a la viuda del Príncipe de Gales? Y aún dice la señora que no se irá jamás de Inglaterra.

CATALINA.- Es que hay algo que me compensa de todo. Me gustaría abrirte mi corazón y que me entendieras.

ELVIRA.- (Iluminada.) ¿Algo de amor?

CATALINA.- Sí, solo de amor.

ELVIRA.- Claro, claro... Es ya demasiado luto. Aparte de que tampoco el Príncipe Arturo, que en gloria esté, fue para dejar demasiada huella.

CATALINA.- ¿Y tú que sabes?

ELVIRA.- (Se cuadra.) Ah, por lo que a eso se refiere, lo sé todo.

CATALINA.- Cuando detrás de un hombre y una mujer se cierran las puertas, solo ellos dos saben lo que ha pasado dentro.

ELVIRA.- Bueno, eso lo sabe todo el mundo. Ojo, si son hombre y mujer. Si son mujer y niño, eso es ya otra cosa.

CATALINA.- ¿Qué malicias?

ELVIRA.- Soy muy curiosa, señora. Y no solo la noche de bodas, sino las otras siete -solo siete- que pasaron juntos durante los seis meses que duró el matrimonio hasta la muerte del Príncipe, anduve husmeando.

CATALINA.- ¿A la espera de qué, Elvira?

ELVIRA.- (Se escurre de un posible interrogatorio.) Ay, no me preguntéis más. Ahora la curiosa es Su Alteza... Ande, ande, me permitió hacerme confidencias... de amor... ¿Y si yo le dijese que ya sé de quién se trata?

CATALINA.- Bien fácil es. Tendrías poco mérito. Óyeme bien, Elvira. Desde poco después de la muerte de Arturo, sus padres y los míos empezaron a pensar en casarme, más adelante, con su hermano...

ELVIRA.- (Abatida.) El Príncipe Enrique...

CATALINA.- Sí... Recordarás que yo escribí a mis padres que jamás lo haría con quien no me gustase...

ELVIRA.- Por favor, señora, me tenéis en ascuas. ¿En qué acaba todo?

CATALINA.- Al escribir la carta yo ya me suponía, más o menos, que el nuevo aspirante a mi mano, y, ¿por qué no?, a mi dote de entonces, sería el Príncipe Enrique... Pero yo estaba resuelta a no casarme con él.

ELVIRA.- Claro, porque no le atraía nada...

CATALINA.- Llevaba mucho tiempo sin verle... y hace pocas semanas le vi de nuevo... (Casi místicamente.) y me quedé deslumbrada... Se ha hecho un hombre. Y así me miró.

ELVIRA.- ¿De qué manera, que no entiendo?

CATALINA.- Como mira un hombre.

ELVIRA.- ¿Y vos, Princesa?

CATALINA.- Le miré como mira una mujer. Luego, hablamos. Tiene una voz caliente. Me parece que malgasta todas las palabras que dice si no son de amor.

ELVIRA.- ¿Le habló de amor?

CATALINA.- No precisamente. Pero era igual. Recordó la giga que había bailado la noche de bodas con Arturo. Y quiso que la bailase otra vez. Yo le dije que no la había vuelto a bailar desde entonces y que no la bailarían nunca más. Y él me miraba y me miraba... Y a mí me parecía que nunca había visto a nadie tan hermoso... ni tan enamorado.

ELVIRA.- ¿De quién?

CATALINA.- Haces preguntas de boba. ¿De quién si no de mí? ¿Es que crees que puede amar a otra mujer?

ELVIRA.- Pero, ¿os lo ha dicho?

CATALINA.- Estoy segura de que me lo habría dicho justo cuando me senté, cansada, después del baile. Pero entonces apareció el Rey.

Hizo una señal a los músicos y me invitó a bailar.

ELVIRA.- No me sorprende. Desde que enviudó anda buscando pareja y a más de uno he oído comentar que podría ser la Princesa Catalina.

CATALINA.- ¡Qué horror! No, no... no es el padre el que me gusta, sino el hijo.

ELVIRA.- Señora...

CATALINA.- ¿Qué pasa, doña Elvira? ¿Vas a amonestarme? ¿Vas a hacer que me arrepienta de haber confiado en ti?

ELVIRA.- En el fondo tiene mala conciencia. Por eso me teme y con razón. No es bueno que la viuda ame al hermano de su marido. Hay millones y millones de solteros en la isla, en Francia, en España. Y uno solo es el hermano de Arturo.

CATALINA.- ¿Quieres que vaya por toda la tierra buscando el que me enamore, teniéndolo a mano?

ELVIRA.- Ahora recuerdo un caso parecido. El cura de Sepúlveda se negó a casar a una moza con su cuñado.

CATALINA.- (Con una media sonrisa.) Sepúlveda anda cerca de Segovia, ¿no?

ELVIRA.- (Recelosa.) Sí... ¿Por qué me lo preguntáis?

CATALINA.- (Tranquilizadora.) No, por nada.

ELVIRA.- Dijo que era una inmoralidad y los mozos dieron una paliza al novio.

CATALINA.- Gente brava, ¿verdad?

ELVIRA.- Gente como hay que ser.

CATALINA.- Escúchame, Elvira. Si yo pidiera permiso al cura de Sepúlveda para casarme con el Príncipe Enrique, ten por seguro que no me lo negaría.

ELVIRA.- Es que además hay otra cosa. ¿Puedo serle sincera?

CATALINA.- ¿Más sincera todavía?

ELVIRA.- Perdóneme, señora, pero es que el Príncipe Enrique me cae mal.

CATALINA.- ¿Por qué?

ELVIRA.- Hay algo en él que me da susto. En el fondo creo que no es bueno.

CATALINA.- ¡Qué bobada!

ELVIRA.- Es despótico...

CATALINA.- No: tiene autoridad.

ELVIRA.- Es cruel.

CATALINA.- No lo dirías si le oyeses hablar.

ELVIRA.- Será un mal Rey.

CATALINA.- ¿Por qué? En todo caso no le impedirá ser un buen esposo.

ELVIRA.- ¿Y no sentís algo en la piel que lo rechaza?

CATALINA.- Al contrario, que me funde a la suya.

ELVIRA.- Señora: tenga cuidado...

CATALINA.- Enrique es lo único que vive en este castillo. Todo lo demás está muerto: los pergaminos, los vitrales, las arañas... Y, naturalmente, los servidores, los palafreneros, las damas, el Rey...

ELVIRA.- Las damas... tal vez no todas.

CATALINA.- ¿Qué insinúas?

ELVIRA.- Que sé de más de una y de dos que están muy vivas.

CATALINA.- ¿Cómo me ha de extrañar que les guste Enrique?

ELVIRA.- Eso, no. Pero que a Enrique le gusten ellas, ya es más inquietante.

CATALINA.- Bah... Serán caprichos... No olvides que es menor que yo: le tendré a raya.

ELVIRA.- ¿Nunca le conté lo del leoncillo que le habían traído de África a mi abuelo, el Marqués de Arboleya? Lo habían cuidado desde chiquitito y, apenas maduró un poco, se comió al marqués...

CATALINA.- (Burlona.) ¡Qué espanto!

ELVIRA.- Repito, señora y le suplico que me perdone: no me gusta el Príncipe Enrique.

CATALINA.- ¡Pobre Elvira! Estoy segura de que no has visto en tu vida otro más gallardo.

ELVIRA.- ¿Por qué pobre, señora? Sepa que he conocido algunos galanes que quitaban la respiración. Tengo el orgullo de haber sido afortunada con los hombres. Y ese es el único orgullo que vale cuando se llega a la vejez. Yo no he envidiado a ninguna mujer. Y a la que más quiero, que es Su Alteza, le desearía hombres como los que me hicieron dichosa.

CATALINA.- Deséame uno solamente, que me cierre los ojos dentro de muchos años cuando me muera.

ELVIRA.- Pero no el Príncipe Enrique.

(Por el foro entra el PRÍNCIPE ENRIQUE. Es un joven fornido, de anchas espaldas, unos rizos le ocultan la frente. Todo respira en él fuerza. Virilidad, decisión, sexo.)

ENRIQUE.- ¡Ayer maté mi primer jabalí! (Se sorprende con la presencia de ELVIRA.) ¿Soy importuno?

CATALINA.- Al contrario.

ENRIQUE.- No me gustaría interrumpir las confidencias de una Princesa a su dueña.

CATALINA.- Terminaron ya.

(ELVIRA hace una reverencia y se va.)

Tu primer jabalí... ¿Cómo fue? ¿No corriste peligro? ¿Te hiciste daño?

ENRIQUE.- No. Lo habían descubierto los perros en el bosque de Richmond. El jabalí se defendía e hirió a varios. Resoplaba, daba miedo, bueno, no a mí. Era una bestia inmundada y maloliente. Los escuderos trataron de ayudarme pero no les dejé. ¡Me basto yo, me basto yo! Y le clavé el cuchillo en la cerviz. Las manos se me

llenaron de sangre. Y cayó a mis pies. (Pausa.) Fue una mañana gloriosa... (Con una leve decepción.) No te gusta la caza...

CATALINA.- No me gusta la sangre...

ENRIQUE.- Tú naciste en junio. Tu signo es Géminis. Los nacidos bajo ese signo sois delicados y sensibles. Claro... matar jabalíes os horroriza.

CATALINA.- El futuro Rey de Inglaterra, ¿cree en el Zodíaco?

ENRIQUE.- Como artículo de fe, no, pero como orientación, sí. El destino presume de misterioso pero el Zodíaco se burla de él revelando sus secretos.

CATALINA.- ¿Conoces alguno de los míos solo por saber que soy Géminis?

ENRIQUE.- Tal vez.

CATALINA.- Dímelo.

ENRIQUE.- No.

CATALINA.- Te lo pido.

ENRIQUE.- No.

CATALINA.- Te lo mando.

ENRIQUE.- ¿Mandarme a mí? ¿Al Príncipe de Gales? ¿Quién se atreve a tanto?

CATALINA.- Te lo suplico.

ENRIQUE.- (Con un énfasis cómico.) Obedezco gustoso porque me lo piden unos lindos ojos...

CATALINA.- (Insinúa una reverencia.) Agradecida, señor.

(Luego, los dos se ríen alegremente de esta pequeña ceremonia.)

Así pues, ese secreto, ¿puedo saber cuál es?

ENRIQUE.- Se me ocurre que el destino de una jovencita llamada Catalina de Aragón y Trastámara pueda guardar alguna relación con el del actual Rey de Inglaterra... Enrique VII, (Saluda su nombre.) mi augusto padre.

CATALINA.- Esas bromas me desagradan.

ENRIQUE.- (Súbitamente serio.) Es que no lo son. La viudedad le pesa y le haría ilusión compartirla contigo.

CATALINA.- (Presa de una ira repentina.) ¡No, no, no!

ENRIQUE.- (Un tanto sibilamente.) Mi padre tiene cuarenta y siete años. Hay que respetar los caprichos de los viejos.

CATALINA.- ¡No, no, no! Jamás la voluntad de nadie hará que me case con alguien al que no ame.

ENRIQUE.- ¡Ah!

CATALINA.- (Apaciblemente.) Ni me impedirá casarme con el que ame.

ENRIQUE.- (Con un punto de emoción.) Catalina: llevo mucho tiempo buscándote en donde estés, con el Rey, con las damas, con tus embajadores.

CATALINA.- Mentiroso...

ENRIQUE.- Siguiéndote con la mirada.

CATALINA.- ¿No exageras?

ENRIQUE.- He hablado poco contigo, pero cuanto he dicho ha sido

para que tú me oyese y supieras cómo soy, para que me adivinases.

CATALINA.- Lo sé.

ENRIQUE.- Te he perseguido por todas partes, en los salones, en la abadía, en el parque, en el lago...

CATALINA.- (Sonriente.) Lo ignoraba...

ENRIQUE.- Tampoco es fácil que sepas que mientras dormía...

CATALINA.- ¿Soñabas conmigo?

ENRIQUE.- Sí, así es. Y me veía como me vi la primera vez...

Llevándote de la mano.

CATALINA.- De eso sí me acuerdo.

ENRIQUE.- Era muy larga la comitiva y muy solemne. Se casaba la Princesa Catalina con el Príncipe Arturo.

CATALINA.- Así era.

ENRIQUE.- Yo, el hermano del novio, era el que tenía que entregarte a él a la puerta de la Abadía.

CATALINA.- Lo hiciste con mucha elegancia.

ENRIQUE.- Y después, ¿qué pasó?

(Hay una breve pausa, ENRIQUE se ríe estrepitosa y súbitamente.)

CATALINA.- ¿De qué te ríes?

(ENRIQUE continúa riéndose.)

¡No te rías! ¡Te prohíbo que te rías!

ENRIQUE.- ¿A mí? No hay nadie sobre la tierra capaz de prohibirme nada. ¡Ni el Rey!

CATALINA.- Esa risa es un insulto. Vete.

ENRIQUE.- (La amenaza.) Es la primera vez que alguien se atreve a echarme de ningún sitio. Y no pienso obedecer.

CATALINA.- (Se acerca a la puerta y llama.) ¡Doña Elvira!

ENRIQUE.- ¿Qué has hecho?

CATALINA.- Vas a saberlo enseguida.

ELVIRA.- (Aparece en la puerta.) ¿Llamáis, señora?

CATALINA.- Su Alteza se retira. Acompáñale.

ENRIQUE.- ¿Podría beber antes... simplemente un vaso de agua?

(ELVIRA consulta a CATALINA con la mirada, que accede.)

CATALINA.- Ni al más pobre se le niega.

(DOÑA ELVIRA se va para cumplir la orden. Hay un largo silencio.

CATALINA y ENRIQUE se miran, se miden en silencio.)

ENRIQUE.- (Muerde casi las palabras.) Ah, Castellana oscura...

(DOÑA ELVIRA entra con el vaso que le entrega a ENRIQUE y se queda

aguardando a que salga.)

(Desabridamente.) No necesito que me espere. Conozco el camino.

(Bebe un sorbo a ritmo lento. Cuando ELVIRA se fue, tira el vaso.)

Me iré, pero deseo que sepas una cosa. Vine para decirte que te quiero. No te lo diré nunca más. Aunque viva cien años.

CATALINA.- Yo a ti, sí. Te quiero.

ENRIQUE.- (Como asaltado por una inesperada alegría.) ¿Qué es lo que oigo...?

CATALINA.- Me ha pasado algo muy extraño. Aquí he sufrido muchas privaciones: el frío, la pobreza. Y todo lo he llevado con la secreta esperanza de que valía la pena. Y, cuando te vi, después de tanto tiempo, hace unas semanas, comprendí que negándome a volver a mi país, a mis gentes, al sol, ¡Dios mío!, que lo busco cuando aparece como si fuese mi Dios de verdad, había acertado.

ENRIQUE.- ¿Es posible?

(Se abrazan entre lágrimas.)

CATALINA.- (Se desprende suavemente de él.) Enrique...

ENRIQUE.- Amor...

CATALINA.- ¿Me quieres de verdad?

ENRIQUE.- De verdad.

CATALINA.- ¿Para siempre?

ENRIQUE.- Para siempre.

OSCURO

Cuadro IV

Antes de hacerse la luz, se oyen jubilosas campanas, después un coro que entona una canción melódica religiosa. Y, en sombras todavía, las voces del OFICIANTE de la ceremonia nupcial, seguidas de las de ENRIQUE y CATALINA.

OFICIANTE.- Enrique de Tudor y York, ¿quieres por esposa a Catalina de Aragón y Trastámara?

ENRIQUE.- Sí quiero.

OFICIANTE.- Catalina de Aragón y Trastámara, ¿quieres por esposo a Enrique de Tudor y York?

CATALINA.- Sí quiero.

OFICIANTE.- ¿Prometéis guardaros mutua fidelidad y respeto tanto en los días prósperos como en los adversos, tanto en la salud como en la enfermedad?

LOS DOS.- Sí, prometemos.

OFICIANTE.- ¿Prometéis educar a los hijos de conformidad a lo mandado por la Santa Iglesia Católica?

LOS DOS.- Sí, prometemos.

OFICIANTE.- Si así lo hacéis que Dios os lo premie, y si no os lo demande.

(Vuelven a oírse las campanas, rumor de gentes y un aleluya, no, naturalmente, el de Haendel. La luz se enciende sobre la alcoba real. En ella CATALINA vestida con alegres sedas, en salto de cama que deja ver, de vez en cuando, la albura del pecho y el bello torneado de las piernas, ríe alegremente sentada en el borde del lecho, bajo el baldaquino de damasco. La acompaña ENRIQUE.)

CATALINA.- ¿Viste, viste mi señor, cómo te había dicho la verdad?

(Le muestra las sábanas con malicia y delicadeza a la vez.)

ENRIQUE.- (Mordiéndolo las palabras, con aire de bien humorada amenaza.) Calla, tigresa, bruja, castellana oscura... ¿Quieres forzarme a que te crea?

CATALINA.- Sí, sí, tienes que hacerlo. Debieras de haberme creído ya, sin necesidad de comprobarlo por ti mismo.

ENRIQUE.- ¿Querías que leyese en las sábanas de la boda que no me habías mentido? Por tu país hay, según dice alguno de mis consejeros, muy buenas zurcidoras... y tú trajiste entre tus damas, una que sabe bien su oficio.

CATALINA.- Oh, no, Enrique, no digas eso...

ENRIQUE.- Lo que deshizo Arturo pudo haberlo recompuesto ella.

CATALINA.- Te juro que no, Enrique, te lo juro. ¿Cuántas veces deberé repetírtelo? Fue en esta misma alcoba. Si hubiera pasado algo entre Arturo y yo no hubiera sido capaz de vivir aquí nuestra noche de bodas. Arturo tenía quince años y no es que fuese un niño. Yo me temo que no hubiera llegado nunca a ser un hombre.

ENRIQUE.- Acabarás diciéndome que te reías de él.

CATALINA.- Ah, no, eso no. ¿Es que crees que no me inspiraba, sino, amor, ternura? Pues te equivocas. Me daba pena verle tan sensible, tan bondadoso, porque bondadoso sí lo era, y, a la vez, infantil, tan mal dotado para la vida. ¿Sabes lo que se le ocurrió? Buscar a Juanín.

ENRIQUE.- ¿Quién es Juanín?

CATALINA.- El bufón que había venido conmigo desde Granada. Y lo

buscó por todo el palacio. Y no lo encontró. (Se ríe.) Tú anduviste enredando por la puerta...

ENRIQUE.- Y si en vez de llamar a Juanín se hubiese echado encima de ti...

CATALINA.- Calla, Enrique...

ENRIQUE.- Como yo... Y te hubiese roto las ropas de boda... como yo... ¿Qué habrías hecho tú?

CATALINA.- ¿Por qué me preguntas esas cosas horribles que no pasaron?

ENRIQUE.- ¿Y por qué no pasaron? ¿Porque Arturo no sabía, o no podía, o no quiso...?

CATALINA.- No lo sé. Pero escúchame y que esto te ayude a creerme. Si él hubiera querido...

(Hay un largo silencio.)

ENRIQUE.- Bien. Me cuentas solo la primera noche, pero tú has vivido seis meses con mi hermano. Casi doscientas noches.

CATALINA.- Solo siete, iguales a la primera. No... me equivocó... lo que le gustaba era el ajedrez y traducir el latín.

ENRIQUE.- Ah, ¿de Ovidio, quizá?

CATALINA.- Ni eso. No le importaba nada. Prefería la Guerra de las Galias. Después se dormía como un ángel. Me acuerdo de una vez

que...

ENRIQUE.- ¿Qué?

CATALINA.- Tosía, tosía muchísimo. Yo le subí el embozo de la cama y entonces se despertó gritando. Tanto que entró doña Elvira.

Resultó que le asustaba darse cuenta de que estaba acompañado porque creía dormir solo.

ENRIQUE.- No siempre estaría dormido... Las noches, en este país, son muy largas.

CATALINA.- De día, montaba a caballo, cazaba... se bañaba en agua fría. Llegaba rendido a la hora de cenar.

ENRIQUE.- Yo tengo otras noticias.

CATALINA.- La murmuración es nuestro cortejo, Enrique. Va con nosotros como las damas y los heraldos. Arturo se fue a la otra vida sin un beso mío. Mejor dicho: con un solo beso, el que le di muerto ya. No tienes por qué estar celoso de tu hermano.

ENRIQUE.- Finges muy bien.

CATALINA.- Pero, ¿de verdad no te avergüenza dudar de haber sido el primero? La vida te ha elegido para serlo en todo: en fuerza, en gallardía, en mando... No iba a gastarte la broma de que fueras segundo, aquí, en la hora en la que a todo hombre le corresponde, por ley natural, ser el primero.

(Se oye la canción de un JUGLAR acompañada de un laúd1 CATALINA se sobrecoje.)

ENRIQUE.- . ¿Qué te pasa?

CATALINA.- (Con un punto de histerismo.) Me da miedo esa canción. No quiero oírla.

ENRIQUE.- ¿Cuándo la oíste?

CATALINA.- ¡Qué importa...! Haz que se calle. Díselo a Elvira.

(ENRIQUE sale para dar la orden. La canción cesa algo más tarde.

ENRIQUE vuelve a los pocos segundos.)

ENRIQUE.- Esa Elvira, tu dueña, me parece una horrible señora.

CATALINA.- ¿Por qué horrible? Es la hija de los Condes de Sástago, una nobleza muy antigua y te prohíbo que la insultes.

ENRIQUE.- ¿Y quién eres tú para dar órdenes al Rey de Inglaterra?

Tus damas están sujetas a mis leyes, lo mismo que las campesinas de Norfolk o las prostitutas del Támesis... Oye, Princesa castellana: olvídate de tus bravuras o vas a pasarlo muy mal en esta Isla. Nadie ha de saber más que ella de lo que ha sido tu luna de miel con Arturo. Y es muy probable que mañana haga que la inviten a contarnos cómo fue.

CATALINA.- ¿Estás amenazándola?

ENRIQUE.- ¿A quién se le ocurre? Invitarla... tan solo. Te confieso que a la primera invitación se entregan solo los viles, a la segunda los héroes. La tercera, esa sí, no hay quien la resista.

CATALINA.- ¿Te atreverías a torturarla?

ENRIQUE.- (Bromea. Responde cavernosamente.) Pues claro, ¿por qué no?

CATALINA.- Me asustas. Sería espantoso que me dieras miedo, ahora cuando solo debes inspirarme amor.

ENRIQUE.- (Violentemente.) Tengo celos de mi hermano. Sería capaz de abrir su sepulcro para escupirle.

CATALINA.- ¡Cállate! Te lo suplico, si no quieres que me vaya y no vuelva a verte.

ENRIQUE.- ¿Qué? ¿No fuiste suya? Pretendes que sea eso lo que crea. Bueno, conforme, pero, por lo menos, él puso sus manos estúpidas sobre ti, eso no me lo negarás.

CATALINA.- Solo mientras el Cardenal nos bendecía.

ENRIQUE.- Y después, cuando te ayudó a salir de la Abadía y cuando subiste a la carroza. ¡Arturo! El pobre imbécil, el pobre tarado, manchando tu piel solo con mirarla.

CATALINA.- Sabía sonreír tan dulcemente...

ENRIQUE.- ¿A qué vienen esos recuerdos? ¿Qué te propones? ¿Enfurecerme?

CATALINA.- No, Enrique, no... Solo convencerte de que eres injusto. Escúchame bien. Tú eres el primer hombre de mi vida.

ENRIQUE.- La simulación es vuestro arte favorito. Las mujeres mentís como respiráis. Empezáis por daros carmín en las mejillas o en los labios para acabar disfrazando vuestros sentimientos. Con corcho quemado se pintaba las ojeras alguna que me juraba que una noche más de amor la mataría... (Se ríe.) Y había sido profesional

que acompañaba a los soldados de mi padre para hacerles la guerra menos penosa... Tu temblor, sí, lo he leído en tus ojos. Pero, ¿por qué no habría de ser fingido?

CATALINA.- Y mi alegría, mi placer, ¿eran mentira también?

ENRIQUE.- Ese sí, el placer era verdadero. (Habla gravemente.) Y yo sé que te lo he dado.

CATALINA.- Cúrate de esos celos, que no son dignos de ti... Échalos fuera. Y déjate querer por mí sin guardar dentro desconfianza alguna. No te amargues las horas mejores de tu vida... Ni las mías. Sé solo mío y nunca nadie será más sumisa, más esclava que yo.

ENRIQUE.- (Risueñamente.) Embaucadora...

CATALINA.- Óyeme: he sufrido con eso que me has dicho y has de hacerte perdonar.

ENRIQUE.- (Se ríe jovialmente.) Bueno... ¿de qué manera?

CATALINA.- Repítame todo lo que juraste por la mañana: guardarme fidelidad y respeto, tanto en los días prósperos como en los adversos, tanto en la salud como en la enfermedad.

ENRIQUE.- (Con una cómica solemnidad.) Te lo juro...

(Transición.) ¡Ah!, Catalina, de ti espero un hijo. Lo necesito, eso sí me hace falta, más que nada. Es mi deber como Rey dejar de mí alguien que me suceda, asegurar mi dinastía. Prométeme que me lo darás.

CATALINA.- ¿Yo? ¡Pobre de mí! Dios nos lo dará. Pero tú júrame también que nunca verás a otra mujer...

ENRIQUE.- ¿Que no veré...? (Con aire burlón.)

CATALINA.- Tú ya me entiendes, Enrique, que no mirarás a ninguna mujer o, que si la miras, ninguna te parecerá mejor que yo, aunque lo sea... Y, que aunque te parezca mejor, me preferirás siempre, siempre, siempre.

ENRIQUE.- Y, ¿si me miran a mí?

CATALINA.- (Reprochadoramente.) Enrique...

ENRIQUE.- ... ¿y si me persiguen en los pasillos de palacio?... ¿y si me asaltan, si me cogen de improviso, cuando vaya descuidado...?

CATALINA.- No te burles...

ENRIQUE.- Todas las mujeres que he conocido me han amado... ¿lo sabes, Catalina? Mis brazos son muy fuertes y no hay mayor fortuna que esa sobre la tierra. Soportaban muy mal que las abandonase...

CATALINA.- Júrame que a mí no me abandonarás nunca.

ENRIQUE.- (Se ríe.) Se lo dije al Cardenal... Todo el mundo lo ha oído.

CATALINA.- Pero yo quiero oírlo sola, aquí, bajo estas ropas...

(Se envuelve en ellas y así continúan el resto del diálogo.)

ENRIQUE.- Embaucadora...

CATALINA.- Ojalá lo sea, bien mío. Te querré mientras viva y aun después de muerta.

ENRIQUE.- Nunca te abandonaré... ¿te gusta oírmelo?

CATALINA.- Sí...
ENRIQUE.- Nunca te abandonaré, tigresa, bruja, castellana
oscura...

(Y lentamente cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario